

ETTORE LO GATTO

HISTORIA
DE LA
LITERATURA RUSA

*Traducción, notas y bibliografía
española por*

E. P. DE LAS HERAS

TOMBO... : 32531

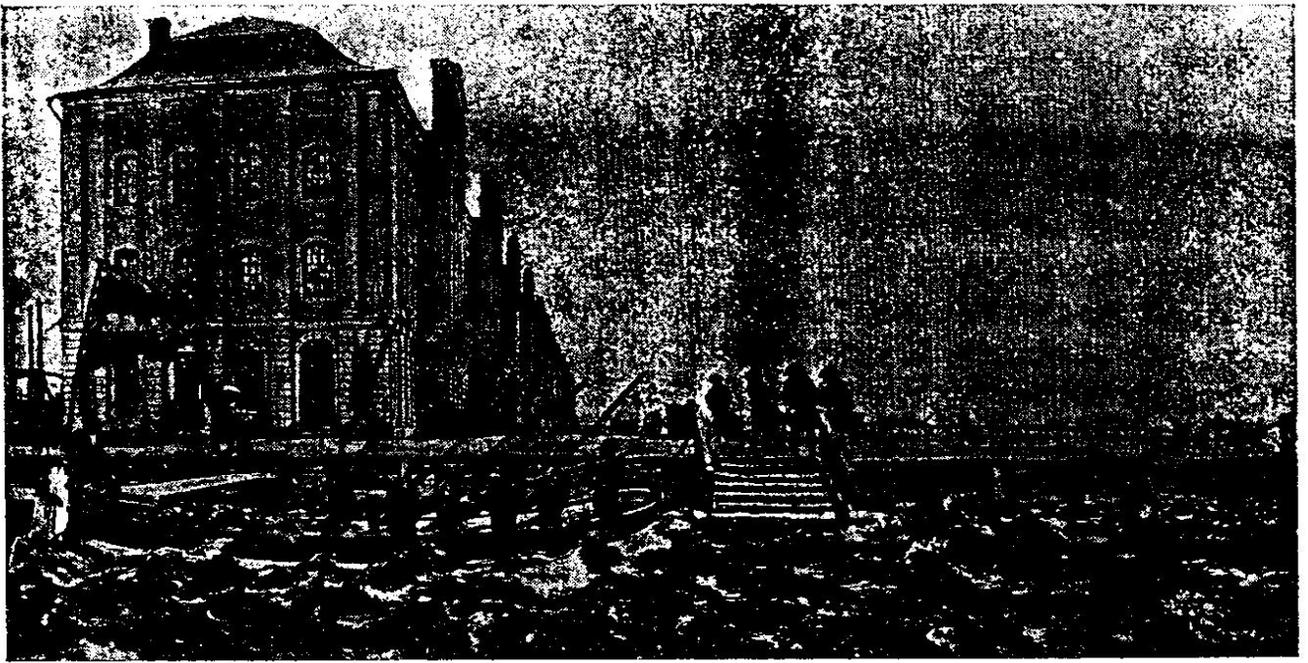


SEI-FFLCH-UEP

LUIS DE CARALT

EDITOR

BARCELONA



Peterburgo bajo Pedro el Grande

CAPÍTULO TERCERO

LA ÉPOCA DEL ROMANTICISMO

§ 1

NUEVOS MOVIMIENTOS Y TENDENCIAS

CLASICISMO y sentimentalismo alcanzaron en Rusia larga vida, y puede decirse que las dos primeras décadas del siglo XIX estuvieron literariamente bajo su dominio, pese a la aparición de nuevas figuras, tendencias y aspiraciones, y pese también a la lucha que venían librando entre sí. El sentimentalismo que bajo los auspicios de Karamzin había combatido al clasicismo, encontréase enfrentado con dos nuevas corrientes: por una parte, con un hijo suyo, el romanticismo tímido y primerizo, que en determinados aspectos se identificaba con él, por lo que su lucha fué sorda y poco ostensible; por otro lado con un heredero del clasicismo, adversario suyo, el neoclasicismo, que no tardó en echar raíces en la literatura cumpliendo todo un proceso de renovación interna. Por lo que toca al sentimentalismo y al romanticismo subsiguientes, las interferencias entre ambos fueron tan íntimas que casi es imposible señalar el momento de tránsito del primero al segundo. Era obvio que el sen-

timentalismo, en su función prerromántica, debía o transferirse o agotarse, ya que otro elemento del prerromanticismo del resto de Europa, la moda del osianismo, habíase introducido en Rusia por obra de un clasicista como Dmitriev (sus ecos los sintió también Derjavin) sin que lo rechazasen ni los renovadores del mismo clasicismo, como Batiushkov, ni sentimentalistas de tono romántico como Jukovski, y no siendo indiferente tampoco al joven Pushkin. La abundante literatura menor a que dió origen formó una especie de lazo de unión entre una y otra tendencia, y de aquí que no sea fácil distinguirlas con unos claros límites que en realidad tampoco existieron. Si se tiene en cuenta el neoclasicismo purificador, que se volvía hacia las fuentes de la antigüedad clásica a través de Lessing, Winckelmann y Wolff por una parte, y Burns, Chenier y Parny por otra; si se considera que a continuación de la polémica entre los discípulos de Karamzin y los de Shiskov, el problema de la lengua planteó en primer plano el de la forma, entonces parece que el siglo XIX se abre, incluso con las nuevas figuras, además de las procedentes del siglo XVIII, bajo la égida clá-

sica. Pero si se tiene en cuenta el desenvolvimiento de los elementos nacionales, la idealización de la antigüedad y el culto al sentimiento frente a la razón, aparte de otros detalles menos obvios, como el retorno a la Naturaleza y la libertad en las reglas que propugnaban escritores nuevos junto a otros ya conocidos, entonces se advierte que en el momento de iniciarse el nuevo siglo el campo estaba ya abonado para recibir el conjunto de ideas y sentimientos que en Europa recibirían el nombre de romanticismo. Algunos secuaces de Karamzin se llamaron realmente románticos, y para ellos el sentimentalismo sólo fué el estadio previo al romanticismo, en especial en la persona de Jukovski, carácter profundamente sentimental, que del contenido filosófico del romanticismo sólo recogió la pura superficie, pero que con sus traducciones de poetas románticos, sobre todo germánicos, contribuyó en gran medida al conocimiento del romanticismo. Incluso pretendiendo, no sin fundados argumentos como algún crítico reciente (A. L. Bem), en una mirada *a posteriori* sobre el verdadero romanticismo ruso, que su época estuvo en las décadas cuarta y quinta del siglo, no puede olvidarse que todo el fermento literario que palpité durante el reinado de Alejandro I fué una efervescencia de matiz y sabor románticos. Con primacía de lo importado, desde luego, pero no sin obras originales, sino en otros, al menos en el joven Pushkin.

Vino a contrarrestar la influencia francesa, además de la difusión de las ideas sentimentales, el conocimiento del *Sturm und Drang*. Poner a los alemanes, aunque se llamasen Goethe, Schiller y Wieland, antes de la guerra nacional, frente a Boileau, Racine y Voltaire, era todo un acto de audacia, pero hubo quien lo realizó. Por otro lado, también supuso audacia el retorno a Francia, bastante rápido, pese a que los mismos franceses habían exaltado la poesía romántica alemana e inglesa: Mme. de Stäel en *L'Allemagne*; B. Constant, citado por el príncipe Viázemski, en sus *Cartas de París*; Stendhal, en *Racine y Shakespeare*; Villemain, en su descubrimiento, por decirlo así, de Hegel. Es cierto que la vuelta a escena de los franceses — después de breve

ausencia por lo demás — bajo vestiduras románticas — no despertó el entusiasmo que provocaron los primeros románticos alemanes, pues ni De Vigny, ni Victor Hugo, ni Lamartine, adquirieron en Rusia, de momento, plenos derechos de ciudadanía (De Vigny acaso nunca para los neoclásicos), y sólo De Musset fué una excepción; pero en conjunto el conocimiento de los franceses sirvió para dejar bien patente que había romanticismo y romanticismos. Las diferencias se agudizaron con el conocimiento de Byron, que empezó en Rusia en 1818 a través de las modestas notas de M. T. Kachenovski, transformándose en puro frenesí, aunque con algunas reacciones, alrededor de 1820. Una exaltación característica fué la del joven poeta y crítico D. V. Venevítinov, que escribió que el poeta inglés había reunido en su alma las aspiraciones de todo el mundo, y que permanecería eternamente en los anales del espíritu humano, generalización que partía de que también en Rusia se dejaban sentir las mismas aspiraciones del resto del mundo. La historia del byronismo en Rusia tiene preferentemente este significado, y por ello Pushkin, que experimentó su fascinación, llamaba a Byron «dominador de espíritus». A tal seducción se rindió también por un breve período Jukovski, y a ella no fué ni siquiera ajeno el Tíbulo ruso, K. N. Batiushkov. Sin embargo, la acogida que los rusos otorgaron a Byron no se fundó siempre en el conjunto de su personalidad, pues desde el principio poetas que sufrieron su influencia distinguían en ella varios aspectos; a Kozlów le sedujo, por ejemplo, su pesimismo (al que debieron algo también el pesimismo de Boratynski y la inquietud espiritual de Pushkin), mientras que sus ideas políticosociales atrajeron al grupo de poetas decabristas (Küchelbecker, Ryleev, Bestujev-Marlinski). Más o menos, en todos los poetas rusos que amaron a Byron, y especialmente en Pushkin, el byronismo fué un fenómeno pasajero o accesorio; sólo más tarde, en un gran poeta, en Lérmontov, fué un elemento esencial, sobre todo como piedra de contraste para toda su evolución espiritual, tan íntima como dolorosa.

La complejidad del movimiento romántico europeo reflejóse también en Rusia, pero no

obstante es posible señalar en determinadas individualidades y en distintos momentos algunos de sus matices característicos. Algunas veces parece que predomina aquella atmósfera fantástica y soñadora que hizo del romanticismo una pura prosecución del sentimentalismo; en otras, en cambio, tuvieron la supremacía los elementos tempestuosos y rebeldes que identificaron al romanticismo con el byronismo. La variedad del contenido filosófico romántico, cuyos motivos fundamentales suelen exponerse en el individualismo, el nacionalismo y la tendencia universalista, tuvo lugar también en Rusia, donde a cada uno de esos temas correspondió la actividad de uno o más escritores: A. A. Bestujev-Marlinski en el individualismo, M. N. Zagoskin en el nacionalismo, y V. F. Odoevski en el universalismo; el primero sujeto a la influencia de Byron y de Victor Hugo, el segundo a la de Walter Scott, y el último a la del idealismo de Schelling. Durante largo tiempo la tendencia individualista gozó de un puesto de honor, pues después de los últimos ecos del clasicismo y la penetración del sentimentalismo, el subjetivismo literario habíase transformado en una especie de dogma obligatorio. Vinieron en ayuda de la corriente nacionalista los sucesos políticos y la guerra contra Napoleón, al principio; después el mismo byronismo en su forma patriótica, con el que estuvo estrechamente entrelazado el «filohelenismo» europeo, que tuvo también sus representantes en Rusia (Ryleev; Pushkin: *¡Levántate, Grecia, levántate!*). La corriente universalista fundióse en cambio, en cierto sentido, con la individualista en la exaltación del arte como fruto individual dirigido a fines universales. El culto del arte en Rusia — prescindiendo aquí de la conciencia que de sus propias creaciones tuvieron genios como Pushkin — coincidió con la difusión de la ideología de Schelling. La idea de la potencia divina y de la importancia de la creación personal le fué ya muy grata a Jukovski, y de él la heredaron los poetas que le siguieron: la misión del poeta reside en revelar los secretos lazos entre la idea y la imagen, entre la belleza absoluta y la vida. En torno a esta doctrina estética desarrollóse en Rusia, como en otras partes,

una viva polémica cuyo significado veremos más adelante. Aquí basta decir que la literatura rusa conoció entonces una encarnación de esa naturaleza poética noble y superior, según el espíritu del romanticismo, en el ya citado Venevítinov, y que, superado el romanticismo, de la «misión» del poeta hizo también Pushkin el núcleo de su creación. Pero el romanticismo universalista ruso tuvo otro aspecto en su oposición al racionalismo del siglo XVIII, que se mantenía todavía tenazmente en una parte de la sociedad, y que no quedó vencido sino sometido a una reelaboración cuando con el realismo las tendencias románticas empezaron a desbandarse, y una vez aparecido el positivismo, el elemento social prevaleció sobre el individual (su primer profeta fué Belinski en el año 1834).

El proceso de evolución literaria se desarrolló simultáneamente con el curso de la vida del país, en algunos momentos precediéndolo y anunciándolo, en otros haciéndose su portavoz o describiendo sus manifestaciones. La situación política aportó su notable influencia: el cosmopolitismo social, iniciado con Catalina II y ahogado bajo Pablo I, volvió a su plenitud en el primer período del reinado de Alejandro I, en correspondencia con los proyectos liberales del emperador. Durante ese lapso de tiempo la cultura conoció un gran impulso gracias a la labor del ministro Zavadovski (1802-1810): se reorganizaron las Universidades de Moscú y Wilna, fundándose otras nuevas en Dorpat, Karkov y Kazan; se abrieron numerosas escuelas medias, y se favoreció la fundación de sociedades literarias y científicas, entre ellas la «Sociedad libre de los amigos de la literatura, las ciencias y las artes», que, creada en 1801, duró hasta 1825 y tuvo como primer presidente a Iván Petrovich Pnin, educado en las ideas de Radischev; la «Sociedad de los amantes de la literatura rusa» en la Universidad de Moscú, y las dos sociedades ya citadas a propósito de la contienda sobre la lengua rusa. En el mismo período dispusieron de medios generosos para sus actividades la «Academia de Ciencias», la «Academia rusa» y la «Academia de las Artes», de índole gubernativa. También la iniciativa privada contribuyó a ese florecimiento, por un lado con los salones literarios de Olenin, de Ana Petrovna Kváshuina-Samárina y de S. D. Pomáreva, y por otro con el mecenazgo del conde N. P. Rumiancev, que organizó expediciones científicas, hizo publicar obras de arqueología, historia y literatura rusa, y fundó el famoso Museo Rumiancev en Moscú, hoy conocido como Biblioteca Lenin. Cuando el emperador fué abandonando las ideas liberales para pasar gradualmente, bajo la influencia de la exaltada baronesa Krüdener y los coloquios con los «cuáqueros escoceses» y con los «hermanos moravos», a un espíritu místico-pietista, aquella efervescencia disminuyó, pero sin agotarse. Como siempre ocurre en los períodos de reacción política, se hizo subterránea. Uno de los participantes en la insurrec-

ción del 16 de diciembre de 1825, Beliaev, decía que «cuanto más fuerte se hace sentir la reacción, tanto más irresistible es la resistencia en las mentes». Esa resistencia condujo a la formación de sociedades secretas más o menos embebidas por las ideas liberales, incapaces de resolver los problemas rusos de la época, pero con aptitud para animar a pensadores como Pestél y Nikita Muraviev, que fueron los teóricos del movimiento, e inspirar a escritores como Kúchelbecker, Bestujev-Marlinski, Odóevski, Ryleev, etc. Las condenas a muerte o al exilio que siguieron a la insurrección, bajo el reinado de Nicolás I, fueron también en apariencia, o quisieron ser, una condena de la literatura en sus nuevas aspiraciones; vivían, sin embargo, poetas demasiado grandes para que tal cosa aconteciese, y, a pesar de la vida de hijastra que llevó bajo el gobierno de Nicolás I, la literatura rusa encontró sus nuevas rutas.

§ 2

JUKOVSKI (1)

De personalidad bastante simple en su vida, sin complicaciones particularmente notables, Vasili Andreevich Jukovski (1783-1852) se nos presenta en cambio en la historia literaria como una figura de difícil clasificación. Los dos grandes acontecimientos de su existencia, el amor juvenil por su sobrina María Andrévna Protásova, con la que quiso casarse, no siéndole permitido, después de lo cual para olvidarla se fué al frente, encontrándose en la batalla de Borodinó; y el amor senil por una joven de dieciocho años de la familia von Reutern, con la que se casó a los 58, fueron los hechos que abrieron y cerraron su vida sentimental, pero sin alterar su fondo ni su apariencia, que se nos aparecen claros y tranquilos, como su existencia oficial, de educador y pedagogo adjunto a la familia imperial. Literariamente, a causa tal vez de la multiplicidad de experiencias en la época que le tocó vivir (tuvo la suerte de asistir al desarrollo de la literatura rusa de toda la primera mitad del siglo XIX) se vió en la extraña situación de quien querría lanzarse de lleno al torbellino del nuevo mundo, pero no sabe o no puede romper sus lazos con el viejo. Sentimental por naturaleza, en el ambiente en que se desarrollaron su infancia y ado-

(1) Zhukovsky, Joukofsky o Zukovski. La fonética más cercana es de *J*.